

1

La ignominiosa partida de la criada Chellam, hija de Muniandy

6 de septiembre de 1980

Hay una tierra que, estirándose delicada como la cabeza de un ave desde el delgado cuello del istmo de Kra, constituye la mitad del país llamado Malasia. Allí donde mete el pico en el sur del mar de China, Singapur flota como una burbuja que se escapa de su cuello. La cabeza de este pájaro es una tierra sin primavera, ni otoño, ni verano, ni invierno. Puede que algún día sea una gota más húmedo o una pizca más seco que el anterior, pero por lo general los días son calurosos, húmedos, brillantes, rebosantes de perezosa vida tropical, propicios para interminables pausas a la hora del té y para enloquecidas carreras de gente que se abre paso a empellones y bocinazos, presurosa por llegar a casa antes de los aguaceros de la tarde. Éstas son las lluvias más habituales, violentas cuerdas de plata que inundan los campos de deportes y obligan a los oficinistas a caminar hasta las paradas de autobuses con zapatos que se llenan de agua como cubos. Exageradas y melodramáticas, las lluvias de la tarde provocan embotellamientos a la vez terribles —con el asfixiante humo negro de los camiones y los frenos chirriantes de los autobuses escolares— y hermosos, resplandecientes con las tortuosas filas de faros con luces de color amarillo acuoso que se extien-

den sin fin, con las farolas azules de las calles que se reflejan en charcos cada vez más grandes, con la melancolía fluorescente de los puestos callejeros vacíos a la vera del asfalto. Parece que todos los días comienzan con un encendido resplandor y terminan con este diluvio, de modo que pasado, presente y futuro corren juntos en un río infinito y humeante.

Sin embargo, lo cierto es que hay días que no resplandecen y sus lluvias son menos feroces. Bajo cierto tipo de suave llovizna matutina, la tierra misma respira honda y lentamente. La neblina sube desde las oscuras copas de los árboles sobre las colinas de piedra caliza en las afueras del pueblo de Ipoh. Neblina gris y colinas de color verde brillante. Con semejantes mañanas resulta obvio que ciertas partes de esta tierra debieron de ser un fuerte recordatorio de su propia y lejana tierra para los antiguos gobernantes británicos.

Al norte de Ipoh, unida al borde más exterior de las afueras no demasiado extensas del pueblo, está la calle Kingfisher, una línea larga y angosta que sale de la calle «principal» (una tienda en la esquina, una parada de autobús y ocasionales camiones) en dirección a las colinas de piedra caliza (antiguas, inescrutables, llenas de cuevas y de ilegales ocupantes de esas cuevas). En este lugar, las lánguidas multitudes de la ciudad se perciben como algo distante, incluso en las tardes calurosas; en mañanas con lloviznas como ésta, resultan absurdas e improbables. El humo de las fábricas de cemento y los olores agudos de la camioneta de cerdo y del vendedor de pescados se diluyen antes de que puedan estabilizarse, pero el aire húmedo atrapa los sonidos y los olores propios del lugar: canciones con descargas en la radio de un vecino, generosas especias dulces del curry de carne de carnero que hierven lentamente en casa de otro. El valle parece enclaustrado y protegido. Una serena benevolencia acoge la mañana en la palma de su mano.

En 1980 la era de la venta de casas por proyecto y los súbitos desarrollos urbanos está muy avanzada, pero las casas en la calle Kingfisher no combinan entre sí. Algunas son amplias y ventiladas, con galerías al viejo estilo malayo. Unas pocas evocan débilmente el esplendor de las mansiones chinas de los magnates de Penang, con dragones a cada lado de las puertas y guardas color oro y rojo. La mayoría se levanta cerca del camino, pero una o dos se alzan más atrás, al final de senderos de grava. Más o menos a la mitad de aquel camino, protegida por sus portones negros y el robusto verdor de sus plantas, está la Casa Grande, el número 79, cuyo brillante volumen azul ha dominado la calle Kingfisher desde que era un sendero sin pavimentar y sólo con árboles del coral en los bordes. Aunque se va a descubrir en pocas semanas que las termitas han estado devorando en secreto sus cimientos durante años (y se llamará a unos obreros para una urgente misión de rescate), la Casa Grande sigue, orgullosa, en pie. Ella ha presidido el inicio de la construcción de los cimientos de todas las demás. Ha presenciado su lento envejecimiento, sus nuevas pinturas y renovaciones. Las partidas, las muertes, las llegadas.

Esta mañana, después de sólo un año en la Casa Grande, Chellam, que ya no es la criada más nueva, se marcha. Cuatro personas se esfuerzan por creer que el clima fresco augura no sólo un final ordenado, sino también un nuevo comienzo. Borrón y cuenta nueva, conciencias más limpias. Sin duda, nada de lo que se emprenda hoy tendrá un mal final; sin duda, todo está bien en el mundo.

Chellam tiene dieciocho años, la misma edad de Uma, la mayor de las hijas de la casa. En este momento hace solamente una semana que Uma tomó un avión del Sistema Malayo de Líneas Aéreas con destino a Estados Unidos, a Nueva York, donde es otoño. En Estados Unidos

también se llama a esta estación *fall*, temporada otoñal. Atrás dejaba a sus padres, a su hermano de once años, Suresh, y a la pequeña Aasha, de sólo seis, quien no pudo contenerse y se echó a llorar a modo de protesta. Este día, los cuatro se empapan con avidez de la humedad gris de la mañana para aliviar sus muchas dudas acerca del futuro.

El avión que se llevó a Uma era enorme y blanco, con la imagen de la cometa tradicional del país a manera de logo en la cola, mientras que Chellam partía a pie (y luego en autobús).

Ella es diferente de Uma de muchas otras maneras igualmente obvias. La época del estirón, desaprovechada comiendo arroz blanco hervido con un poco —cuando las cosas iban bien— de sal, hizo que se quedara más pequeña que Uma; tiene las pantorrillas delgadas como alitas de pollo y la piel marcada por las enfermedades de la etapa infantil que su madre curó con emplastos vegetales y orina aún caliente recogida de manera furtiva en un cubo de metal en el momento en que salía de la vaca de los vecinos. La fuerte miopía le ha deformado la cara en una permanente bizquera, y su espalda es tan estrecha como el triángulo agudo de su mundo. En una esquina, el bar del que arrancaba a su ebrio padre todas las noches para llevarlo a casa cuando era niña; en otra, el sombrío y sórdido callejón donde se reunía con otras jovencitas, con los párpados oscurecidos con kohol, las uñas de los pies brillantes con Cutex, a la espera de ser recogidas por un camionero o por el dueño de la casa que vende licores para poder ganar algunas monedas o un par de billetes de dos *ringitt*. En la tercera y última esquina está Ipoh, la ciudad a la que fue llevada por alguna matrona santurróna de la sociedad Hindu Sangam ansiosa por acumular buen karma sacándola de la prostitución y vendiéndola a una esclavitud mucho menos blanca; Ipoh, donde, después de trabajar dos o tres años (nadie podría precisarlo con exactitud) para

unos amigos de los padres de Uma, Chellam fue trasladada a la Casa Grande.

—La hemos conseguido de segunda mano —había dicho Suresh con una sonrisa burlona (esquivando la bofetada propinada por su madre, que fue despreocupada, en el mejor de los casos, ya que Chellam no estaba ahí para sentirse ofendida).

Y en este momento la mandan de vuelta. No precisamente a casa de los Dwivedi, sino a su hogar original. El padre de Uma, su *Appa*, ordenó al *Appa* de Chellam que pasara hoy a buscarla; ninguno de ellos podía haber previsto la inconveniente llovizna. De padre a padre, de hombre (rico) a hombre (pobre), habían acordado que Chellam estaría lista para que su padre la recogiera a cierta hora y la llevara desde la Casa Grande por toda la calle Kingfisher, sin asfaltar, pura roca y arcilla, hasta la parada de autobús en la calle principal, y de allí en autobús hasta Gopeng, y de la estación de autobuses de Gopeng a lo largo de más caminos y más senderos hasta llegar al punto de partida, a la cabaña de una sola habitación en la aldea de tierra roja de donde emergió hacía apenas unos años.

En el plazo de un año, Chellam estará muerta. Su padre dirá que se suicidó después de un amor frustrado. Los aldeanos dirán que él la golpeó hasta matarla por llevar la vergüenza a su familia. Chellam misma no dirá nada. Habrá llorado tanto para entonces que los niños la habrán apodado Cara Sucia por las marcas permanentes de sus lágrimas. Todas las mujeres del pueblo no podrán lavar esas manchas de su cara fría, y cuando la incineren, el aire olerá salobre debido a todas esas lágrimas.

A las diez menos veinte de esta mañana de sábado en el mes de septiembre, ella comienza a arrastrar su maleta vacía escaleras abajo desde el desván donde ha estado guardada desde que ella llegó hace un año.

—¿Cuánto tiempo hace que vuestro padre le dijo que empezara a hacer la maleta? —murmura la *Amma* de los niños—. ¿Acaso no se lo dijimos con un mes de antelación? ¡Con todo el tiempo que ha tenido, y ahora está bajando la maleta para empezar a hacerla!

Pero para hacer la maleta de Chellam, a diferencia de la de Uma, nunca se habría necesitado un mes. Uma había hecho que se encontrara espacio para todas estas cosas: suéteres de lana sin estrenar, bragas con las etiquetas de los precios todavía puestas, chaquetas para ocasiones formales, recuerdos malayos auténticos para amistades todavía no establecidas, *sarongs* de batik y libros ilustrados de gran formato para presumir de su gran cultura, marcos con retratos de familia realizados en el principal estudio fotográfico de Ipoh, película suficiente para su cámara último modelo. Chellam posee, sin incluir la ropa que viste hoy, un solo sari de gasa, tres camisetas (una que venía de regalo con cada frasco de leche enriquecida Horlick, otra que era una publicidad de leche con chocolate Milo; la tercera era del señor Dwivedi, su antiguo amo, quien se la había regalado cuando dejó de usarla), cuatro camisas de manga larga de hombre (prendas heredadas de su último amo, el *Appa* de los niños), tres faldas de algodón con dobladillos deshilachados, una blusa para salir y una falda brillante de poliéster inadecuada para los quehaceres domésticos porque se le pega a los muslos cuando transpira. También tiene cuatro pósteres que venían de regalo con números de la revista *Movieland*, pero no tiene la fuerza ni la voluntad de bajarlos. En el lugar adonde va, no tendrá espacio para ponerlos. Por lo tanto, en total, tardará unos tres minutos en hacer la maleta, pero incluso su maleta casi vacía constituirá un gran esfuerzo para sus débiles brazos, cada vez más débiles por su falta de apetito en los últimos meses.

La dueña de la casa, sentada en ese momento con sus hijos Suresh y Aasha tomando el té de las diez, no le ofrecerá un zumo a Chellam, ni café, ni té antes de que se vaya, aunque hay una taza de té enfriándose sin que nadie la toque sobre la mesa de formica roja mientras el padre está en la puerta, debajo de su enorme paraguas negro, hablando con el padre de Chellam. De todas maneras no habría tiempo para que Chellam tomara nada. Hay sólo un autobús por la tarde desde Gopeng hasta la parada de autobús a un kilómetro de su pueblo, y si ella y su padre pierden el autobús de las once a Gopeng, perderán el trasbordo a aquel autobús y tendrán que ir caminando hasta su pueblo, arrastrando la maleta con ellos sobre las únicas tres ruedas que funcionan. Probablemente, Chellam tendrá que arrastrarla ella misma la mayor parte del tiempo, a la vez que deberá sostener a su padre por el codo porque está borracho como de costumbre.

Con un rítmico y sordo ruido va bajando la maleta por la escalera, con la rueda inútil doblada debajo, como si fuera la pata de un ave herida. Aunque la maleta permaneció todo el año vacía en el desván, sus correas y hebillas están desgastadas, y ahora parece que los largos trozos anudados de rafia rosada sintética que la envuelven la mantienen cerrada para impedir que se metan en ella las lagartijas y las cucarachas. Sobre el rellano no alfombrado de la escalera, el borde afilado de la rueda rota se arrastra con fuerza por el suelo. La madre se estremece.

—Mirad, mirad —les susurra nerviosa a Suresh y a Aasha sin apartar la mirada de Chellam—. Lo hace a propósito. Parece que *ella* se está vengando de *nosotros*. Por enviarla a su casa. Como si, después de lo que ha hecho, estuviéramos obligados a mantenerla aquí y alimentarla.

Suresh y Aasha, con los ojos muy abiertos, no dicen nada.

En las últimas dos semanas, las muchas cargas que deben compartir, pero de las que nunca hablan, se han multiplicado, y entre ellas está esta repentinamente efusiva y expresiva madre que susurra y da codazos, que persuade y amenaza, que se inclina sobre ellos con el rostro retorcido como un villano de una vieja película tamil, desesperada a la espera de una reacción. Es como si los hechos de las dos últimas semanas hubieran agotado sus últimas reservas. Ésta es la victoria final hacia la que ella ha estado apuntando en privado durante todos aquellos largos días de silencio absoluto y de dejar enfriar el té, aunque ni Suresh ni Aasha están del todo seguros acerca de qué clase de victoria se trata. Sólo están seguros de que, sea lo que fuere, se ha conseguido a un precio demasiado alto.

Un tanto desalentada por la falta de respuesta de los niños, la madre bebe un sorbo pequeño y preciso de té.

—¡Mmm! He echado demasiado azúcar —comenta en tono de conversación normal—. Por lo que sé —continúa, tal vez alentada por su té demasiado dulce o la terquedad de las orejas y cejas de sus hijos, o la vacilación de Chellam y su maleta vacía en cada uno de los escalones—, está embarazada.

La palabra, tan cruda que ellos casi pueden olerla, le distorsiona la boca a la madre, ofreciéndoles a sus hijos una insólita vista de sus dientes. Eso hace que Suresh baje los párpados y se pierda en los complejos diseños que ha ido encontrando a lo largo de su joven vida en la mesa de formica. Hombres con pieles de oso. Árboles con rostros. Monjes de nariz aguilena.

—Y encima ha cogido toda esa rafia del desván sin ni siquiera pedirla —observa la madre con un suspiro y un largo y sonoro sorbo de té. Incluso esto es impropio de ella, pues por lo general toma el té a sorbitos pequeños, silenciosos, con los labios apenas abiertos en el borde de la taza.

Para su viaje de vuelta Chellam se ha vestido con una camisa de hombre, a rayas y de cuello duro, y una falda de nailon marrón, con cremallera atrás. La camisa es una prenda usada del padre. La falda no.

—Fijaos —dice otra vez la madre en medio de un bocado del bizcocho de galletas maría, en esta ocasión sin dirigirse a nadie en particular—. Fijaos en ella. Se atreve a llevar la camisa que le di después de todos los problemas que ha causado. *Vekkam illai* esta gente. No tienen la menor vergüenza. Un mes tras otro he ido juntando las camisas de vuestro padre y se las he regalado. Camisas de lujo, de hombre, marca Arrow, del mejor algodón, prácticamente nuevas. ¿En qué otra casa los empleados domésticos usan ropa de esta calidad?

«En ninguna», piensa Suresh. No hay ninguna otra casa, por lo menos en la calle Kingfisher, que tenga de criadas a niñas escuálidas vestidas con camisas de lujo, de puro algodón, que les quedan grandes. Si hubieran conservado las corbatas de su padre también podría haberlas usado. Y los bombines, y los guantes. Entonces podría haber abierto la puerta como un mayordomo.

—Mmm... —resopla la madre sobre su taza de té— y yo que he estado tratando de ayudarla, regalándole ropa y diciéndole que podía guardar su dinero para cosas más útiles.

Asesoramiento financiero y camisas gratis, he aquí un trato especial único ofrecido por la Casa Grande. Aquello le había dado a la madre un objetivo, y había impulsado efectivamente a Chellam a tratar de ahorrar su dinero para «cosas más útiles». Es decir, hasta que se dio cuenta de que su padre aparecía todos los meses para recoger su sueldo el día de cobro en la Casa Grande, y que por lo tanto estaba ahorrando su dinero para los cotidianos tragos y *samsus* de él. Para el licor anisado de contrabando que le daba la vista

y la fuerza para golpear a su esposa y a sus hijos en casa, y el turbio vino de arroz que el dueño del bar fabricaba en una pileta de baño. De todas maneras, si se le preguntara al padre de Chellam (o al dueño del bar), todas éstas eran «cosas útiles».

—Al final, mirad lo que ha hecho con mi caridad y mi consejo —dice la madre, acompañando sus palabras con un brusco movimiento de cabeza en dirección a la escalera—. Los ha cogido y me los ha arrojado a la cara. Sólo hay que esperar y uno por uno los demás también estarán haciendo lo mismo. ¿Por qué no? Después de ver su ejemplo, se volverán igualmente audaces. Vellamma puede asesinarme, Letchumi puede asesinar a vuestro padre, Mat Din puede quemar la casa y Lourdesmary puede ponerse de pie y aplaudir. Felices para siempre.

Aasha y Suresh advierten en silencio que ellos están ausentes de esta profecía macabra. Si las palabras de su madre, de su Amma, pueden tomarse en sentido literal, los largos dedos del destino alcanzarán a Suresh y a Aasha, pero fallarán; por esto probablemente deberían sentirse afortunados.

Pero no es así.

Suresh sólo agradece que Chellam no entienda bien inglés y sea ligeramente dura de oído (debido a los golpes que su padre, con los puños pesados de tanto ponche y *samsu*, le propinó en las orejas cuando era pequeña). Se da cuenta de que por alguna razón ella ha dejado la maleta apoyada contra el barandal de la escalera y ha regresado rápidamente al piso superior. Y no será él quien vaya a señalárselo a su Amma.

Aasha se mece hacia delante y hacia atrás en su silla de manera tal que los dedos estirados de sus pies, en cada movimiento hacia delante, rozan las rodillas de Suresh por debajo de la mesa. Que él tenga rodillas hace que ella se

sienta mejor, aun cuando Uma haya desaparecido para siempre y su Amma se haya vuelto tan extraña. Él tiene rodillas. Y otra vez tiene rodillas. Cada vez que ella se mece, él tiene rodillas.

Detrás de Amma algo hace mover las cortinas. No es el viento, no es ese tipo de movimiento. No es un suave balanceo, no es un inflarse y desinflarse con el aire, sino que es una súbita sacudida, como si alguien se estuviera escondiendo detrás de ellas, y sin ninguna duda, cuando Aasha mira, ella ve que los pies transparentes del fantasma de su abuela asoman por debajo de las cortinas, allí están los anchos dedos del pie que ella conoce tan bien, curvándose hacia arriba sobre el frío mármol. Así pues, Paati está de regreso otra vez, dos semanas después de su muerte, y por primera vez desde que el sillón de ratán fuera quemado en el jardín trasero. Ella no se asusta tan fácilmente, ¿no? Mientras todos los demás están preocupados por otras cosas, la mano de Paati sale como una flecha desde detrás de las cortinas, se sirve una miga de bizcocho de galletas maría caída sobre la mesa al lado del plato de Suresh, y vuelve rápidamente a su escondite. «¿Y los *otros* cómo van a explicar eso?», se pregunta Aasha con gran indignación. ¿Qué van a decir aquellos desconfiados, ciegos e incrédulos que tercamente se han resistido a la idea de la persistente presencia de Paati, y ponen los ojos en blanco cada vez que Aasha ha tratado de transmitirles las necesidades y los miedos de la hija del señor McDougall, el fantasma original de la Casa Grande, que se ha mantenido fiel a Aasha a través de todas sus pérdidas y ansiedades? «Los fantasmas no existen», se han mofado de ella (todos salvo Chellam, pero sus otros defectos debilitan su posición). En ese momento Aasha se apresura ávidamente a aprovechar la ocasión; piensa una catarata de equivalentes a «ya os lo dije».

De pie el uno frente al otro a cada lado de la puerta, Appa y el padre de Chellam se ven reflejados en los paneles de vidrio de la puerta principal, que está abierta. Clase alta y clase baja, abogado importante y trabajador lleno de mocos, uno con dentadura completa, el otro desdentado. La sucia camiseta blanca del padre de Chellam está mojada por la lluvia; Appa sostiene su paraguas perfectamente erguido por encima de su pelo impecablemente alisado y recortado.

—Ay —exclama Amma, chasqueando la lengua e inclinándose hacia delante para mirar por los paneles de vidrio—, el té de vuestro padre estará helado para cuando vuelva a entrar. Os digo que ese hombre es una molestia. Las personas normales se darían cuenta, ¿no? Pensarían: «Ya que mi hija ha causado tantos problemas, mejor me callo y me voy sin decir nada». Pero él no. No tienen la menor vergüenza. —Coge una galleta de la bandeja—. Por supuesto —continúa y a la vez deja de espiar a través de los paneles de cristal para volver la mirada hacia sus hijos, mirando primero a uno y luego a la otra, levantando las cejas para que ellos se den cuenta de su profunda sabiduría—, si quieres hablar de hombres que no tienen vergüenza...

Suresh arrastra la bandeja de las pastas hacia sí, haciendo chirriar ruidosamente la base por la mesa.

—¿Sólo hay galletas maría? —exclama, quejándose—. ¿Ya no quedan barquillos de chocolate?

Amma se detiene con su propia galleta a medio camino de la boca. Sonríe intencionadamente, inclina la cabeza hacia atrás, exhala, pero Suresh (oh, Suresh, valiente soldado salvador de su hermana) no cede. Él le sostiene la mirada, y se enfrentan sin decir palabra. Durante cinco terribles segundos ella recorre el rostro de Suresh con ojos reflectores.

—No —dice finalmente Amma—, se acabaron los barquillos de chocolate. —Y con la mirada aún inquieta añade—: Tendré que enviar a Mat Din a la tienda.

—Y Nutella —se apresura a decir Suresh, aprovechando la coyuntura—. Las galletas maría están más ricas con Nutella.

—Tendremos que hacer una lista —observa su Amma—. La Nutella también se ha terminado.

Aasha suelta el borde de su silla y pone las manos debajo de su trasero sobre el asiento. Por debajo de la silla balancea las piernas. Harán una lista. Mañana o la próxima semana Amma se la dará a Mat Din, el chófer, junto con un billete de diez *ringgits* para la gasolina. Llevará la lista a un almacén de provisiones en la ciudad y regresará cargado de comestibles: barquillos de chocolate, Nutella, arroz, semillas de mostaza, anís estrellado para el curry de cordero, latas de maíz y de guisantes para acompañar las chuletas de pollo. Lourdesmary, la cocinera, guardará todo en su lugar, quejándose de las semillas de papaya disimuladas entre los granos de pimienta y del anís estrellado rancio. Y la vida continuará tal como era incluso antes de que llegara Chellam, o mejor aún, excepto por el hecho de que aparecerán nuevos fantasmas en la casa: el fantasma de Paati muerta, envejeciendo, rejuveneciendo y envejeciendo otra vez para volver a ser joven, con las arrugas convirtiéndose en hoyuelos y hoyuelos convirtiéndose en arrugas, en un momento una niña que gatea y en otro, una novia, luego una anciana dama con la espalda curvada como una cáscara de coco; el fantasma de la Uma del pasado, suspendido en el tiempo y para siempre de dieciocho años; y más terrible que los otros, aunque Aasha todavía no lo sabe, será el fantasma de la Chellam del futuro, con ojos salvajes mientras les grita desde la pira funeraria, con las puntas del pelo ya ardiendo, y amargos planetas enteros girando en el fondo de su boca abierta.

El murmullo de las dos voces en la puerta no cesa. La adulación danza penosamente alrededor de la voz cansada, apoderándose por un momento de ella, acariciándola luego, para después atarla amorosamente en nudos mientras se hace cada vez más baja, tan baja que tienen que esforzarse para oírla por debajo del apacible tamborileo de las gotas de lluvia sobre el alero de metal, del runruneo del ventilador del techo y el zumbido de una mosca que acaba de entrar en el comedor. En el panel de vidrio de la puerta principal, Amma ve que el padre de Chellam agita la cabeza y retuerce las muñecas como una mujer. Luego se seca las mejillas con la parte baja de las palmas de sus manos, una primero, otra después. Lloriquea y gimotea, y su voz trémula se quiebra y burbujea por la bebida y la flema. Appa lo observa en silencio. Por la manera en que mantiene los hombros bajo el paraguas, Suresh puede darse cuenta de que está esperando a que el padre de Chellam le pida algo. En el mejor de los casos, más té o una rebanada de pan solo. En el peor, cincuenta *ringgits*. O veinte. O siquiera dos. Lo suficiente, le gustaba decir (como un glorioso golpe a la conciencia antes de recibir los cincuenta *ringgits* que sabía que iba a conseguir en cada ocasión), para un puñado de hojas de amaranto del árbol de su vecino para acompañar el arroz de la hora del almuerzo de sus hijos. Pero esta vez el padre de Chellam no pide ninguna de estas cosas; se rebaja en nombre de su hija, que no tiene la vergüenza como para hacerlo ella misma.

—Niña inútil, mi señor —dice—. Tendría que haberla ahogado cuando nació.

Los hombros de Appa permanecen rígidamente tensos a pocos centímetros debajo de sus orejas.

Chellam está resoplando y bufando otra vez al arrastrar su maleta por los interminables y azarosos corredores de la casa.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —susurra Amma, en voz baja, apremiante, recorriendo la habitación rápidamente con la mirada, como si la confirmación de sus sospechas pudiera hallarse detrás de un cuadro o de un jarrón—. ¿Por qué ha tardado tanto en bajar las escaleras? Seguro que cuando bajaba las escaleras volvió arriba otra vez. ¿Y qué ha estado haciendo allí todo este tiempo? Muy raro. Muy extraño.

Por la noche Amma descubrirá que faltan dos *ringgits* del cuenco de cristal en el que guarda el cambio para el panadero y para el repartidor de periódicos, y Chellam será acusada en ausencia de un último delito, menor quizá que aquel por el cual ha sido expulsada de la Casa Grande, pero más desvergonzado, teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido. Un insulto añadido al agravio, sal en una herida abierta, otra libertad que se ha tomado aprovechándose de la clemencia que se ha tenido con ella. Y se la considerará culpable hasta que una noche Appa mencione por casualidad que el Volvo está más bonito desde que dio dos *ringgits* del cuenco de cristal a Mat Din para que lo limpiara y encerrara. (En realidad, Chellam volvió arriba en un intento vano de poner un poco de orden en el desván, que había quedado revuelto al sacar apresuradamente la maleta de debajo de un montón de periódicos viejos).

A lo lejos, Chellam desliza la maleta, que chirría sobre el suelo de mármol, y respira con dificultad y se sorbe la nariz por culpa de un resfriado que parece no pasársele nunca. Camina arrastrando los pies por el comedor hasta llegar a su habitación bajo las escaleras, donde su ropa se amontona encima de la cama sin hacer. Desde las paredes Kamal Hassan, Jayasudha, Sridevi y Rajnikanth la miran con ojos brillantes. «Chellam, Chellam», la regañan, «todos esos meses en que nos mirabas fijamente, mirabas nuestros flequillos, nuestros aros en la nariz y nuestras ventanas nasales dilatadas mientras tratábamos de dormir-

nos, ¿y hoy nos ignoras de este modo?». Pero la mente de Chellam está en otra parte esta mañana, y además, sentada en cuclillas sobre su maleta, está demasiado lejos de sus rostros de estrellas de cine como para ver algo más que el difuso y uniforme color dorado de sus rostros. La tapa de la maleta produce un silbido cuando la deja caer y luego la presiona para volver a atarla con la rafia. Hace girar la maleta una y otra vez, apretando la rafia con tanta fuerza que las fibras dejan marcas rojas en las palmas de sus manos. Arrastra la maleta los pocos metros que faltan para llegar a la puerta principal, frotándose la nariz con el dedo índice.

—¡Ah! —exclama Amma, y la sílaba estalla directamente sobre su taza de té—. ¡Ni siquiera se molesta en buscar un pañuelo de papel! Si le hubiera obedecido a vuestro Appa y hubiera empezado a hacer la maleta tranquilamente hace un mes, no estaría todo tan desordenado ahora, todo *kacan-mucan*, yendo de un lado a otro, sorbiendo por la nariz y resoplando por todas partes, ¿no?

Las aspiraciones nasales, la respiración agitada, el arrastre y el chirrido se fueron haciendo cada vez más y más débiles.

«Al fin libres de esta escoria», dice Paati moviendo los labios detrás de la cortina. Aasha logra leerle los labios a través de la tela, sólo gracias a un esfuerzo de concentración sobrehumano.

Por la ventana del otro lado del comedor, Chellam finalmente aparece en el jardín. Aasha y Suresh pueden verla, pero Amma no. Con el esfuerzo realizado para arrastrar la maleta se le ha desplazado la cremallera de la falda lentamente hasta quedarle sobre la cadera izquierda. El cuello de la camisa se le ha movido hacia un lado y se le ha desprendido un botón a la altura de la cintura. A través de la abertura se le ven unos centímetros de vientre, marrón

cremoso, más claro que el resto de ella, tal vez embarazada, tal vez no. Sin darse cuenta de que está siendo observada, apoya su maleta contra el columpio ornamental y se tira del cinturón para volver a ponerse la cremallera en la parte de atrás. Se abrocha el botón desabrochado, se endereza el cuello y se alisa su pelo crespo. Luego, con gran dificultad, arrastra la maleta hasta el portón, alzándola y pateándola suavemente cada vez que un poco de grava obstruye las ruedas.

—¿Nos vamos, *Appa*? —le dice a su padre en tamil. No mira al *Appa* de Aasha y de Suresh.

Él tampoco la mira. Con la punta de su larga lengua mueve una fibra de coco seca que se le ha quedado atascada entre las muelas desde la cena de la noche anterior. Mira el suelo y se rasca el tobillo izquierdo con la punta de la zapatilla derecha, sin dejar de sostener el paraguas perfectamente vertical.

El padre de Chellam se da un golpe rápido y brusco en un lateral de la cabeza.

—Está tardando años en llegar con la maleta —dice entre dientes al *Appa* de la casa—. Sabe Dios qué habrá estado haciendo allí dentro durante tanto tiempo. Pero qué hija más inútil tengo, mi señor abogado —continúa cada vez más irritado—, sólo usted sabe la vergüenza que ha arrojado sobre mí, sólo usted sabe la pesada carga que es una hija como ésta. —Dirige la mirada de su hija al *Appa* de la casa y del *Appa* a su hija. Tose y escupe en el desagüe del monzón, y el escupitajo fluye rojo a causa del jugo de betel, manchando los lados de la alcantarilla al gotear—. ¿Cómo, mi señor abogado, cómo podrá usted perdonar...?

—No se preocupe por todo eso —lo tranquiliza *Appa*—. No se preocupe por los perdones, Muniandy. Simplemente, llévase a su hija y váyase. Váyanse y déjenos tranquilos.

—Ya está bien, acabemos con todo esto —dice Amma desde dentro de la casa—. ¿Por qué tanto drama ahora? ¿Están esperando música de violines o qué? ¿Por qué no se largan?

El cerrojo del portón se cierra y Chellam y su padre parten. Ella arrastra la maleta; su padre, muy ebrio, se tambalea detrás de ella. Hasta el final de sus contados días, el verde de la hierba de los bordes del camino que ella recorre en su ignominiosa retirada se le quedará a Chellam grabado tras los párpados; oirá los susurros de los vecinos en mañanas silenciosas; siempre que llueva, olerá la arcilla mojada y sentirá que los pies se le hundieren con cada paso y el dolor constante en el hombro por el peso de su maleta rota.

Appa permanece erguido con un pie en el peldaño más bajo del portón, observándolos mientras ellos se alejan. A lo largo de toda la calle, como si fueran tenues bombillas, se entrevén rostros tras las cortinas de las ventanas.

—Por supuesto —murmura para sí la señora Malhotra al otro lado de la calle—, mandan a la muchacha a su casa. En estos tiempos ya no se puede confiar en los criados. —Aparta la mirada de la ventana y mira a su anciano padre, que está sentado meciéndose en su silla murmurando con insistencia como un niño pequeño que necesita hacer pis—. ¡Vamos, Bapuji! —grita—. Tienes suerte de que no te hayamos dejado al cuidado de un sirviente, ¿eh?, ¡de otra manera ya estarías muerto!

Baldy, el hijo retrasado de los Wong, los señala con el dedo cuando pasan delante de la casa de al lado, donde vivían los padres de Amma hasta que murieron hace tres años. Baldy grita entre las ramas del mango en el que está sentado bajo la lluvia, pero nadie le presta ninguna atención. Su padre está en el trabajo. Su madre está pelando chalotas en la cocina. Todos los vecinos están acostumbrados a él.

—No digas *retrasado* —había regañado Amma a Appa la primera vez que éste usó esa palabra para referirse a Baldy—. El muchacho es un poco lento, nada más.

—Retrasar significa ir más despacio —había dicho Appa—. Eso es lo que dice el inestimable *Diccionario de Oxford*. —Había sacado el diccionario de la librería de la sala de estar y lo había dejado, con su cubierta negra y llena de polvo, en el plato del desayuno de Amma.

—Bueno, ya vale —había dicho entonces Amma, y empujado su silla con tanta fuerza para abandonar la mesa que se le volcó el té en el platillo de la taza. Pero Uma y Appa habían compartido una triunfal y centelleante sonrisa, y hasta Suresh y Aasha habían entendido la broma.

No se mueve ninguna cortina en casa de los Manickam tres puertas más allá. La antigua señora Manickam está en la cama en Kampong Kepayang comiendo *longans* pelados y sin semillas de la mano de su nuevo marido, que sale de la oficina temprano todos los días con ese propósito precisamente, y el señor Manickam está en la oficina aunque es sábado, escondiendo su dolor en el trabajo como de costumbre.

—Mira, mira, mira —dice la señora Balakrishnan un poco más adelante de la calle, tirando de la manga a su marido, que está sentado leyendo el periódico—. Por supuesto, era de esperar, han echado a la muchacha de la Casa Grande. ¿Por qué todo este drama ahora? Ahora sólo se sentarán y llorarán. Como si con ello fueran a hacer que la anciana regresara. Cuando estaba sentada en su rincón, ellos no hacían más que quejarse. Se diría que no pueden con ella. Parece que tendrán que coger a otra criada. Demasiado importantes para cuidarla ellos mismos. Al final eso es lo que trae consigo demasiado dinero. Nada más que problemas y lágrimas.

Con un pie Appa empuja algunas hojas muertas y algunos guijarros sueltos por debajo del portón. Luego se

da la vuelta y regresa a la casa, arrastrando sus zapatillas japonesas por la grava. Se detiene unos segundos para mirar las altas copas de los árboles como si fuera un visitante que admira el follaje exuberante, apoyando el paraguas en el hombro como una dama victoriana su sombrilla. «¡Bien, bien, señor Raju! ¡Qué hermoso jardín tiene! ¿Qué clase de fertilizante usa usted?».

—¡Señor de la Casa Grande! —grita Baldy desde la copa de su árbol en la casa vecina—. ¡Señor, señor, señor de la Casa Grande! ¡Eh, señor! ¿Adónde, señor? ¿Por qué, señor? —Appa mira a Baldy, pero no dice nada. Entonces, como si recordara de pronto algo importante, se pone en marcha y con enérgicas zancadas se dirige a la casa.

—¿Por qué estáis perdiendo el tiempo vosotros dos sentados ahí? —pregunta a Suresh y Aasha al entrar al comedor—. Como si toda la familia tuviera que sentarse y despedir solemnemente a la maldita muchacha, como si fuera la reina de Inglaterra en visita oficial. Vamos, a hacer los deberes o a leer un libro o a hacer algo útil, por el amor de Dios.

Los niños vuelven la cabeza hacia Amma, y permanecen sentados conteniendo la respiración y mordiéndose los labios, esperando su autorización. Para ir a hacer los deberes (aunque en realidad Aasha no tiene ninguno). Para leer un libro. Para hacer cosas útiles no identificadas. Para irse corriendo y hacer vida de niños (o para descubrir que tal cosa se ha vuelto imposible para ellos, incluso después de la promesa matutina de un nuevo principio) y dejar a Amma abandonada ante una mesa con migas desparramadas, sin público.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis a mí? —dice Amma—. Como si yo quisiera que os quedarais aquí sentados. Los dos ahí sentados con vuestros entrometidos traseros pegados a las sillas como si toda esta conmoción fuera una tira

cómica de sábado por la mañana, y mirándome ahora como si yo fuera quien no os dejara ir.

Appa deja escapar un diminuto resoplido de aire por los orificios nasales. Una risita, un resoplido de sorpresa, una nubecilla de miedo. «Santo cielo», piensa Appa, «es verdad. Los ha mantenido aquí para que sean testigos de su indignación moral contra Chellam, la Ingrata. Y no sólo para presenciarla, sino también para compartirla, para contener toda la gigantesca masa de rabia que sale sin tener ningún lugar adonde ir, para retenerla y ser usada en el futuro. Primera lección: Cómo algunas personas se vuelven contra uno aun después de todo lo que uno ha hecho por ellas».

Despliega el mapa bicolor de su esposa que tiene en la cabeza y añade otra pequeña marca, un punto blanco antes de la frontera. Lo llama «Desvergüenza». Lo llama «No detenerse ante nada», un complejo nombre para un pintoresco pueblito inglés. Desde el fondo de sus entrañas, sus propias y devastadoras desvergüenzas amenazan con hacerse presentes de a dos o tres o cuatro en su pecho, a la espera de poder acusarlo con sus voces discordantes llamando a las cosas por su nombre, a la espera de que él reconozca que los niños han quedado atrapados entre sus propias viejas desvergüenzas y las nuevas desvergüenzas de ella. Parpadea y traga, y piensa en cambio en la pausa de los niños a la espera de un permiso. Esto fue lo que realmente lo ha sorprendido, no el cambio repentino de su esposa. Eso es lo que ha enviado el aire frío que sale de su nariz como dos rápidos signos de admiración. «Ella los ha retenido aquí», piensa, «y ellos lo saben». Por alguna razón que no puede precisar, esto lo asusta. La cabeza le da vueltas, como si acabara de despertar de un sueño en el que los pollos hablan y los soles se convierten en lunas.

Sacude la cabeza y pasa junto a ellos dando zancadas para ir a calmar sus nervios con una ducha fría en un baño

dominado por el fantasma de su madre muerta, antes salir de allí para entrar en un universo alternativo en el que pueda olvidar las intransigentes verdades de éste.

En la cocina, Amma pone los platos en el fregadero y dice, sin volverse:

—¿La próxima vez por qué sencillamente no te vas con tu padre cuando Lourdesmary tiene el día libre? ¿O quieres que yo planee todas las cenas de los sábados por la noche con una semana de antelación? ¿Que escriba el menú completo de la cena con una pluma? ¿Y use guantes blancos para servirla en bandejas de plata?

Luego sube a su habitación y se queda allí hasta que Suresh y Aasha hayan preparado y comido la cena compuesta de raciones de emergencia: melaza sobre galletas Jacob's, leche en polvo Milo directamente de la lata, fideos Maggi crudos rotos en pedazos y rociados con los polvos grises de sazonar (de sabor a pollo). A las ocho, Amma baja para tomar su propia cena mientras escucha la radio de la cocina en penumbra. La radio todavía está sintonizada en la emisora tamil que Chellam escuchaba mientras le cepillaba y peinaba el pelo a Paati por la mañana. El tema musical del programa de música de películas se escuchaba siempre precisamente cuando le ajustaba el pelo a Paati en un rodete blanco y sedoso, en el que apenas podía poner dos horquillas. Pero en ese momento sólo se escucha a un hombre de voz áspera y bigote negro que entrevista a una médica joven sobre los beneficios de las almendras para la salud.

Ceremoniosamente, Suresh saca y ordena sus libros y lápices, luego saca su lápiz HB y la regla de su estuche de metal y comienza con su tarea escolar de matemáticas.

—Por favor, me podrías... —comienza a decir Aasha, y Suresh arranca para ella una hoja de su bloc de papel de borrador y le da un marcador azul de punta gruesa. Sobre ese trozo de papel que ha conseguido de su hermano, Aasha

hace un complejo dibujo indescifrable para cualquiera, menos para ella. Se trata de un retrato de Chellam, la ex criada, en otro tiempo amada (y a la vez odiada) y odiada (y a la vez amada) por Suresh y Aasha, en ese momento exiliada en su lejana aldea de tierra roja y techos de zinc.

El exilio es una isla para gente que no es lo que era. Chellam se pasea en esa isla desierta del dibujo de Aasha, tropezando con duras rocas en valles estériles, trepando por laderas empinadas y barridas por el viento valiéndose de las rodillas y las manos, atenta a las vacas hambrientas que pacen sobre montones de basura como si fueran cúmulos de trébol fresco. Recogiendo a tientas una y otra vez nubes de polvo y tierra y baldes de baño manchados de sangre con una escoba vieja. En su cabeza se amontonan una docena de serpientes entrelazadas en una masa informe. En su vientre hay una figura diminuta como una cerilla, una versión más pequeña de sí misma, empujando con sus manos diminutas las paredes de su redondo encierro.

Este minúsculo retrato de Chellam es exacto en al menos un aspecto: efectivamente, hay un terrible nudo como de serpientes de malos recuerdos y de oscuras preguntas en la cabeza de Chellam que morirá con ella, sin ser desatado. Aasha vuelve a dibujar las serpientes y luego las colorea una y otra vez hasta que la tinta alcanza los pronunciados lóbulos de las enormes orejas de Chellam.

—Vamos, Aasha —rezonga Suresh chasqueando la lengua—, estás malgastando mi mejor rotulador. ¿Para una tontería como ésa no puedes usar un lápiz?

Aasha tapa el rotulador y lo hace rodar hasta el otro lado de la mesa, donde está Suresh con un mohín. Se baja de la silla y se dirige al piso superior para sentarse en la habitación vacía de Uma. A su alrededor la noche canta con grillos y cigarras, con ventiladores de techo que chirrían y los temas musicales de todos los programas de la televisión

que se ven en toda la calle Kingfisher. *Hawai cinco-cero*, *B. J. y el chimpancé*, *La casa de la pradera*. Aasha distingue uno de otro con sus vibrantes oídos, separándolos como hilos en un telar, pero en el piso de abajo sólo oye el silencio. El silencio, también, puede ser separado como se separan los hilos, el silencio de Amma mirando fijamente por la ventana de la cocina hacia la oscuridad que lo va cubriendo todo. El silencio del estudio vacío de Appa, del que no sale ningún ruido de papeles ni el silbido de alguna melodía. El silencio de Suresh haciendo la tarea escolar a solas, sintiéndose culpable por rezongar por su rotulador malgastado. El silencio de Paati, cuyo cuerpo sin peso y transparente choca contra muebles y paredes sin hacer ruido, buscando el sillón de ratán deshilachado en el que ella otrora se sentaba todo el día en aquel rincón lleno de mosquitos. Las llamas misericordiosas han liberado el espíritu del sillón tal como la incineración de Paati liberó al suyo, pero el sillón no ha reaparecido para instalarse transparente en su rincón, y Paati no encuentra consuelo. Sus articulaciones transparentes como el cristal crujen en silencio al sentarse en el suelo donde antes estaba el sillón.

Una voz pequeña fuera de la ventana dice:

—Así es como Paati se da cuenta de que está muerta. Su sillón ya no está ahí.

Aasha se vuelve para ver a su más viejo (aunque muy joven) amigo fantasma instalado en el ancho alféizar, con la cabeza inclinada como suele hacer a veces. Si Aasha fuera lo bastante alta y fuerte como para abrir esta ventana por sí sola lo haría, aunque la hija del señor McDougall esta vez no está pidiendo que la dejen entrar.

—¿Te acuerdas de qué manera me di cuenta de que yo estaba muerta, no? —No mira a Aasha cuando le hace esta pregunta, sino que mira a lo lejos, como para esconder su gran deseo de recibir la respuesta correcta.

—Sí —responde Aasha—, por supuesto que me acuerdo. Pero cuéntamelo otra vez de todos modos.

—Cuando no pude ver la luz del sol ni los pájaros. Antes de eso, yo estaba viva, mi madre y yo nos hundíamos constantemente en la laguna...; no había allí ningún pez en absoluto, todo era silencio y oscuridad como una gran iglesia vacía, pero podía ver la luz a lo lejos, arriba, por encima del agua. Cuando no pude verla más, fue el momento en que estuve muerta.

Aasha coloca la cabeza sobre la almohada de Uma, se hace un ovillo y cierra los ojos para meditar una vez más sobre esta confidencia familiar.

La tarde siguiente, Amma encuentra el retrato de Chellam hecho por Aasha abandonado debajo de la mesa del comedor. Echa un rápido vistazo al dibujo y luego, tras decidir que debe de ser un personaje de alguno de los libros de cuentos de Aasha, escribe la lista para Mat Din en la parte de atrás. Barquillos de chocolate, Nutella, anís estrellado para el curry de cordero, latas de maíz y de guisantes para acompañar las chuletas de pollo.